

## **Encontronazos**

### **Recoleta – La Boca.**

**1995.**

Linda. Belinda. Por fin la voy a encontrar. En carne trémula. Y en cueros. Porque para tal precio, supongo que se desnudará completamente. Sin embargo, no me molestará si se queda con su ropa interior. Siempre quise saber qué tipo de ropa interior llevaba puesta. Un día en la sala de profesores estábamos de frente de cada lado de la mesa. Estábamos en diciembre, hacía mucho calor, y llevaba puesto un vestido de algodón claro. Se inclinó para coger un libro, y entrevé su corpiño, un corpiño verde pálido, de encaje, con tirantes muy finos, perfectamente en armonía con el vestido. Belinda siempre se viste con elegancia. Con ropa perfectamente en armonía, y que cambia cada día. O sea que Belinda es la mujer más elegante de todo el colegio. Sin ninguna duda. Le cae la baba a todo el rebaño masculino, como es lógico. Pero ella no parece verlo. Sonríe, se muestra cortés y cálida, es una colega estimada y servicial. Nunca la hemos visto negarse a trabajar con los demás. Participa de las reuniones, pide la palabra cuando tiene algo que decir, a menudo para proponer soluciones interesantes. Es una mujer extremadamente lista y culta. O sea, una mujer perfecta. Porque que encima de todas esas cualidades, es una mujer muy guapa. Grande (algo más que yo, quien ya mido un metro setenta y cinco), rubia, tiene piernas magníficas y pechos ni demasiado chicos ni demasiado gordos. Un canon, como la describe Armando Gallo, nuestro tan feo colega de ciencias a quien siempre le sale la baba en cuanto habla de ella. Como ya lo dije, éxito bárbaro en el medio masculino del colegio San Pablo. Y en paralelo, odio a muerte, o poco menos, por parte del campo femenino, salvo las más jóvenes quienes esperan todavía que sus años de menos les preservan de la competencia. Pero sin embargo las viejas no tienen que preocuparse: de ningún modo Belinda representa el menor peligro. Supongo que se da cuenta de la histeria que provoca, pero hace como si nada. Muestra una indiferencia y una distancia siderales. Sólo un hombre muy pretencioso podría presumir de tener una relación privilegiada con ella, o tan sólo gozar de una especial simpatía. Belinda, a sus tan sólo veintisiete años, es una mujer casada y con dos hijos. Nadie conoce a su marido, pero supongo que tiene que ser tan perfecto como ella. Una pareja ideal, como quien dice.

Pero voy demasiado de prisa. En esa historia Belinda es una conclusión, un final. Esa historia, como todas, tiene primero un principio, y luego un desarrollo.

Me doy cuenta que no me presenté. Me llamo Horacio Tevez, profesor de historia en el colegio San Pablo, en el barrio de La Recoleta, Buenos Aires. Mi esposa se llama Lucrecia, y aunque no tan joven como Belinda – yo tampoco – puedo afirmar que nada tiene que envidiarle. Lucrecia y yo tenemos la misma edad: treinta y seis años. Como es de suponer, con los años empezamos a engordar un poco, pero pese a ello Lucrecia no perdió ningún valor en el mercado de los admirables. Estoy seguro de que sus propios colegas...

Porque mi mujer también es profesora. Pero en una institución de mucho más prestigio que el colegio San Pablo. Enseña la filosofía en el mismísimo Colegio Nacional de Buenos Aires. El Oxford argentino, dónde estudiaron la mayoría de nuestros próceres, políticos, escritores, actores... O sea que Lucrecia tiene un puesto muy por encima del de una simple profesora de inglés en un colegio de barrio, lo que es Belinda. Y físicamente... físicamente Lucrecia también es rubia, también tiene piernas largas y perfectas, y aunque algo más baja, se puede considerar tan guapa que Belinda. Yo me siento un marido privilegiado, y estoy seguro, envidiado.

No me quejo. Lucrecia se casó conmigo porque me amaba, y estoy seguro de que todavía me quiere. Digo “estoy seguro”, porque desde doce años que estamos casados, aprendí a descifrar sus pensamientos, e interpretar los pequeños indicios que abandona acá y allá detrás de ella, y que me confirman día tras día que mi presencia a su lado todavía no está una mera opción para ella. Así que después de doce años: todavía me besa en los labios al despertar, cuando deja la casa, o más sencillamente cuando quiere manifestar su placer o su alegría; todavía me llama “querido”, con la sola excepción de escasos momentos de tensión entre nosotros; nunca olvida de comprarme Camembert<sup>1</sup> francés cuando está en la tienda, y pese a que odie al queso, especialmente ese; no se corta el pelo porque sabe que no me gusta el pelo corto. Después de tanta lista, me queda mencionar que por mi lado no me muestro más tacaño en cuanto a las manifestaciones de cariño. Sólo mi modestia natural me impide ahora enumerarlas, pero supongo que puedo confiar en su fe: amo a Lucrecia, con toda mi alma.

Sexualmente, después del periodo natural de pasión y juventud, o juventud pasional, o pasión juvenil, como quiere, tengo que admitir que nos volvimos una pareja muy parecida a la norma de las que ya están entrando en años. Hacemos el amor regularmente, aunque sin caer en la rutina: todavía conservamos nuestra parte de instinto e imprevisto. Follamos cuando nos da la gana. O sea, para decir la pura verdad, cuando le da la gana a Lucrecia. Supongo que todos los hombres lo comprobaron: las mujeres tienen menos libido que nosotros. Y en lo que se refiere

---

<sup>1</sup> Queso francés de Normandía.

a Lucrecia, mucho menos. Decir que Lucrecia no es una ninfómana sería puro eufemismo. Nunca lo fue. Cuando hablaba de “pasión juvenil”, o juventud apasionada, no mentía, pero entendí bastante rápido en cuanto a ese tema que en rigor de verdad, más bien buscaba complacerme. Con el tiempo y la seguridad otorgada por el casamiento, poco a poco empezó a tomarse más espacio. Y más aire. Aire no le falta, pero procura ahorrarlo incluso en nuestras – escasas – sesiones de deporte matrimonial. Cuidado que no quiero decir que sea insensible y aún menos frígida. “Moja” normalmente, incluso antes de que hayamos empezado a acariciarnos. O sea que se muestra capaz de excitación intelectual. Tiene orgasmos. Lo que pasa es que desde unos años, es como si lo encontraba menos importante. Correrse, quiero decir. De joven, solía “acabarse” sola cuando me corría el primero, lo que ocurría a menudo, tengo que admitirlo. Hoy ya no lo hace. Por lo menos en mi presencia. Nunca hablamos del tema. Con Lucrecia nunca hemos hablado, nunca hablamos de sexo. En un principio, me sentía culpable, le preguntaba: “¿No te corriste?”, sonreía y contestaba que “no, pero da igual”, me besaba, y se iba al cuarto de baño para tomar una ducha. Lucrecia nunca simuló. Ahora ya no digo nada, y creo que me lo agradece: odia la idea misma de hablar de ello.

Nos queremos, no se esfumó el cariño, todavía follamos de vez en cuando, nuestros amigos nos miran con caras de envidia, y nos vean más o menos como una pareja ideal, un modelo que seguir. Horacio y Lucrecia, la pareja de docentes más perfecta de todo Buenos Aires.

A veces lo creo yo también. Por ejemplo cuando Lucrecia está corrigiendo trabajos de alumnos en su escritorio, vengo detrás de ella y pongo mis manos en sus hombros. Sin parar de leer, sonrío, no deja el boli ni se vuelve, pero pone una mano sobre la mía. O estamos en la cocina, preparando la cena juntos, le saco la cuchara de la mano, la empujo contra la pila y levanto su falda – sólo lo hago cuando lleva una falda o un vestido. En este caso también sonrío, me deja hacer, a veces sólo unos segundos antes de cogerme las manos y pedirme tranquilidad, a veces me deja más tiempo o – muy de vez en cuando – se inclina hacia delante y se deja coger, así con la falda remangada y las bragas apenas bajadas, y sé, porque ya lo he dicho, nunca simula, que en este momento preciso le gusta. ¿Cómo decía Alma, la hermana de Lucrecia? “Estáis iluminados por el amor”. Alma, quien a sus veintiocho años ya tiene cuatro hijos, se quedó bastante cursi.

Niños no tenemos. Estamos de acuerdo: ¿Qué futuro podemos prometer a niños en un mundo y un país tan desestructurados y precipitándose a todo velocidad hacia la catástrofe final? Hace algo más de quince años, en Argentina, una dictadura comió los niños de este país a montones. Y de momento, un chiflado

quien pretende ser peronista se puso a romper todo lo que quedaba de pie<sup>2</sup>. A estas alturas, el año 2000 argentino se parecerá más a un montón de ceniza que a fuegos artificiales. En cuanto al resto del mundo... todavía estamos buscando la vacuna que nos preservará de la locura guerrera terminal. Así que no, no vamos a conducir vidas inocentes que nunca nos lo pidieron hasta el caos. Nada de niños. Representa sin duda un defecto en nuestra supuesta pareja ideal, pero los pequeños defectos siempre aseguran la gloria de las obras de arte y las vuelven más humanas.

Después de tal marco mágico, me van a preguntar qué motivo tengo para quejarme. Les haré notar que aún no me quejé. Lo tengo todo para ser feliz, de eso soy perfectamente consciente. Pero me parece sumamente significativo que.... Pero otra vez voy demasiado deprisa. Me quedan otros hechos que mencionar. Importantes. Más importantes, creo yo, que todo lo que acabo de describir y que, me temo, produce el efecto contrario al que quería sugerir.

Les doy un ejemplo. Hace unas semanas, o quizás unos meses, mi mujer, quien tenía hasta el momento una vida muy bien planificada entre su hogar, su trabajo en el Colegio Nacional, su familia (hablo de la familia “grande”, que frecuentamos muy poco) y sus amigos (bastante numerosos, pues como ya lo he mencionado, formamos una pareja apreciada), decidió de un cambio bastante radical: entró en política. Conozco sus convicciones: compartimos las mismas. Lucrecia y yo nacimos en familias humildes; su padre trabajaba de obrero en la cervecería Quilmes y toda su infancia la pasó en Avellaneda, un partido pobre del sur de Buenos Aires. El mío había inmigrado desde Salta, en el noroeste, para vivir en la villa 31<sup>3</sup>, detrás de la estación de Retiro, hasta que encontró mi madre bailando el tango en un boliche de Barracas y luego un puesto en la compañía de trenes que le permitió alquilar una vivienda chica, pero decente, en el barrio de Pompeya, el mismo año del derrocamiento de Perón, en 1955. O sea, tres milagros amargados por un desastre, ya que papa y mama siempre fueron peronistas casi fanáticos.

Lucrecia y yo también somos peronistas, aunque menos implicados que nuestros padres. Somos demasiados jóvenes como para haber conocido el famoso General. Nacimos tres años después del derrocamiento, provocado por sus propios colegas militares quienes esperaban su butaca, y con el apoyo mudo, pero firme, de una mayoría de argentinos cansados por su manera muy personalista de gobernar. Y cuando regresó desde su exilio madrileño, en 1973 y con el no menos firme apoyo de la misma mayoría de argentinos que ya no lo querían dieciocho años antes, sólo teníamos quince años. Sin embargo tiempo tuvimos para entender que

---

<sup>2</sup> Ver “contexto histórico ».

<sup>3</sup> La más grande de todas las *villas miserias* (conjuntos de viviendas precarias) de Buenos Aires.

el segundo Perón de 1973 no tenía nada que ver con el primero. Que el peronismo tenía dos caras, y que la segunda tenía mucho color de extrema-derecha y capitalismo salvaje. La misma cara, finalmente, que la del payaso quien ocupa de momento la Casa Rosada, y desde hace demasiado tiempo.

Así que nosotros somos más bien “peronistas de izquierda”, aunque existe también un montón de anti peronistas tan izquierdistas como nosotros. En Argentina el tema de la política nunca fue sencillo.

Hasta hoy, siempre procuramos quedar alejados de las pasiones políticas. Desde el año 1973, el peronismo de izquierda está muy débil. En cuanto al peronismo global, Menem está acabando de matarlo. Ya no estamos en tiempos de ilusiones, y acabé por pensar que ya no teníamos edad para eso. Tengo que admitir que me equivocaba. Por lo menos en cuanto a Lucrecia.

Desde unas semanas pues, nuestro departamento se volvió oficina política. Pero de una categoría particular: no vienen sino mujeres. Ni un hombre. Salvo yo, claro, pero entendí rápido que no tenía lugar en el organigrama. Cuando hay reunión, o sea casi una vez a la semana, procuro aislarme en nuestro cuarto. No es que Lucrecia me tenga excluido. Soy yo mismo quien me excluyo. No me siento cómodo en este grupo de feministas militantes, jóvenes y simpáticas, es cierto, pero que no me hacen ningún caso.

Lo que no me explicó Lucrecia – supongo que para ella se trata de algo evidente – es cómo llegó a entrar – o más bien a fomentar, como lo parece demostrar el hecho de que nuestra casa se volvió una suerte de sede – en tal grupo. Intuyo que la fuente de todo ello está en el Nacional. Pero no pregunto nada. Son sus cosas. Me habla de vez en cuando, sin entrar en detalles. Supongo que por su parte no quiere molestarme. Quizás tiene vergüenza, ya que durante tantos años se burló de todo lo que se refería a la militancia política. Sin embargo parece muy involucrada.

Imposible no ver que todo eso altera un tanto nuestra vida de pareja. No tengo que expenderme en detalles. Lucrecia queda muy ocupada. De cuerpo como de espíritu. Consecuencia previsible, perdí algo de importancia. No en su corazón. Hace esfuerzos. Pero su cuerpo que ya necesitaba tan poco del mío, se pasa ahora por completo. Hasta tal punto que no me acuerdo la fecha de nuestro último polvo.

Me avergüenza admitirlo, tengo sensación de carencia. No estoy un “sexadicto”, pero uno tiene sus necesidades naturales. La primera señal la tuve hace dos semanas, en el subte<sup>4</sup>. Era un sábado. Lucrecia esta vez tenía una reunión en la parte sur de la ciudad, no me acuerdo del partido, quizás en el barrio de Liniers. O sea que estaba yo completamente libre, así que no tenía motivo para rechazar la

---

<sup>4</sup> El metro.

invitación de mi colega José-Luis, quien me había citado en el London City, un bar elegante de la avenida de Mayo. José-Luis es un chico muy majo. Cincuentón, profesor de matemáticas, soltero de toda la vida, hincha de futbol. Vale decir que no tenemos casi nada en común. Encima José-Luis es un latero de la peor especie: la de los charlatanes sin orejas, que ni te dejan decir la mínima palabra, ni tienen el mínimo sentido de síntesis, y que te cuentan historias sin pies ni cabeza con tantos detalles que te hacen perder el hilo en menos de tres minutos. Pero bueno, no se puede rechazar más de seis veces la misma invitación, y menos cuando uno no es un mentiroso y que no tiene nada mejor que hacer ese día.

Pues tomé el subte D en Pueyrredón, hasta Catedral. Cinco estaciones, ni una más. En Facultad de medicina, una mina se sentó enfrente y me sonrió, porque la había dejado pasar. Le devolví la sonrisa, para confirmarle que era un tipo cordial y hacer prueba del nivel de mi amabilidad. Pero estaba claro que le importaba un bledo mi amabilidad. Extrajo una revista de su bolso y se puso a leerla sin más preocuparse de su próximo. Sin embargo, no le faltaba encanto a la chica. Treinta años, más o menos, pelo largo y negro, muy largo y muy negro, que caía libremente sobre sus hombros. Hombros que tenía desnudos, sólo cubiertos por los tirantes muy finos de su top de algodón blanco, con encaje, dejando entrever otros tirantes, apenas más anchos, de un corpiño igualmente blanco. Blanca también su falda, muy corta, pero con unos bordados rojos figurando lo que en un primer momento creí flores, pero que después de observarlas con más atención, acepté por frutas. Por fin y para acabar con ese rápido retrato, añadiré que llevaba botas altas, de cuero negro, y es lo que me llamo más la atención, dado que la combinación botas + falda corta representa para mí el colmo de la elegancia femenina. Quizás les pareceré algo cursi, pero supongo que no encontrarán inconveniente en dejarme fantasear a mi antojo. El punto es que esto me trastornó mucho más de lo razonable. No me di cuenta en seguida. ¿Qué fue? ¿Cosquilleos entre pecho y estomago? ¿Un leve temblor en las manos? ¿Una punta de sudor en la yema de los dedos? Sin duda un poco de todo eso. Y otro fenómeno, mucho menos confesable, pero que por suerte mi pantalón bastante ancho lograba disimular. Supongo que miré a la chica de manera demasiada fija, fascinado por lo que consideraba – exageradamente, pero no estaba en condiciones de admitirlo – la belleza personificada. La verdad es que levantó la cara, y me regaló de una mirada media cansada media irritada. Me sentí enrojecer como un adolescente pillado. Muerto de vergüenza, me levanté y salí corriendo en la estación siguiente.

La segunda señal tintineó en el colegio. Hasta el momento, nunca había prestado la mínima atención a Isabel Aristaraín. Enseña tecnología, una asignatura muy alejada de la mía. Fuera de las asambleas generales de profesores, poco

frecuentes, tengo más relaciones con mis colegas de asignaturas literarias. Además Isabel Aristarain es una persona algo especial. Por fuera, muestra una apariencia bastante rugosa, poco cálida, como muy seca con los demás. Lo que no favorece los contactos. Al igual que José-Luis es soltera, pero en su caso parece un estado natural, nadie puede imaginarla en pareja, aún menos follando con un hombre. Una mujer, quizás... Pero no, imposible pensar eso cuando se la conoce un poquito. Por algo la apodamos “Isabel la católica” en el colegio. En efecto, Isabel es el retrato perfecto de la monja: fe, soltería, rechazo absoluto de las cosas de la carne. Bueno, ese último punto lo tenemos que inferir, ya que nadie en el colegio puede jactarse de conocer algo de su vida íntima. Sólo que es soltera y que nadie le conoció ninguna relación amorosa.

Un día de reunión de los profesores de 8ºA, estaba sentada a mi lado. Y en esta oportunidad se mostró curiosamente locuaz, al contrario de lo habitual. Casi voluble, se podría decir. Hasta el punto de volverse un tanto irritante, ya que me impedía concentrar en el tema de la reunión, multiplicando los susurros. Una colega que hasta la fecha apenas me dirigía la palabra. Supongo que se aburría, lo que por otro lado se podía entender, ya que estábamos hablando de un tema que nos estaba ajeno, a ella y a yo: el viaje de los alumnos a El Calafate con la profesora de ciencias, y su incidencia en el calendario escolar de los demás profesores. No íbamos a echar de menos a los alumnos de 8º durante esta semana, unas horas menos, perfecto, otra reunión totalmente inútil, como casi todas.

Así que se dedicó la católica a darme la lata, enseñándome una faceta de su carácter que no conocía: mordaz, juguetona, bastante espiritual y sobre todo, curiosamente táctil, tratándose de una mujer más bien fría y algo agria. ¿Se mostraba así especialmente para mí o sólo se trataba de una casualidad, porque era yo quien estaba a su lado en este momento preciso? Lo primero me parecía muy improbable: era la primera vez que Isabel me trataba de esta manera. Pero me acordé de una frase que me había dicho, para bromear, un colega de deportes, probablemente Octavio Modotti, el especialista de las bromas sexuales. Dijo exactamente: “¿Lo has notado? La Aristarain te come con los ojos. ¡Aprovecha, flaco!” Todo el mundo se había reído, yo el primero, y en seguida me había olvidado del chiste. ¡Me comía con los ojos Isabel Aristarain!

¿Hacía cuanto tiempo de eso? Quiero decir, ¿desde la broma de Modotti? Menos de tres semanas. A mi pesar, me puse a estudiar un poco mejor mi colega, mientras me estaba aburriendo con su cháchara. Me hablaba con la nariz casi hundida en mi mejilla derecha, olía su aliento – bastante agradable, se limpiaba los dientes a diario – y no perdía ninguna oportunidad de ponerme la mano en mi brazo, e incluso en mi muslo. Miré por todos lados, a ver si algún otro colega se

había dado cuenta de la actitud tan extraordinaria como nueva de nuestra monja favorita. Por suerte, nadie parecía prestarle atención. Por otra parte, Isabel Aristarain no me parecía borracha. En rigor de verdad, beber estaba lejos de formar parte de sus manías. Pero manosear un colega tampoco. Y ya lo he dicho: tenía aliento de pasta de dientes, no de alcohol. Sin embargo, Modotti no podía tener razón. Sé que no tengo una alta capacidad de observación, pero no va para tanto. Ojos de fuego y tentativas de acercamiento los puedo detectar, sobre todo proviniendo de una colega tan improbable como Aristarain. Y era la primera vez que me soplaba así en las narices y me ponía las manos.

En cuestión de amor como en todo, siempre es peligroso confundir circunstancia y coyuntura. Pero tenerlo en cuenta no impidió mi mente divagar, dibujando paulatinamente otra Isabel, más humana, combatiendo las apariencias. Ella también, de vez en cuando, tenía que sentir unos cosquilleos en el estomago, unos estremecimientos en las manos, unos deseos en el corazón ¿Nunca sentía sudor en la frente, nunca se empapaban sus bragas? A partir de este momento, no oí más lo que me contaba. De todos modos lo que salía de su boca no tenía la menor importancia. Su parloteo se vuelve gemidos, y sus gestos caricias. Isabel Aristarain estaba en su lecho, y yo estaba con ella.

Despertar brutal al final de la reunión. Todo el mundo se había levantado con gran estrepito, y todo se volvió esparcimiento general. Cuando me di cuenta, al salir de mi sopor erótico, ya no quedaban más conmigo en la sala que el director del colegio y su secretaria. Isabel se había esfumado tanto como los demás. Sonríe algo tontamente, los dos me miraban con caras de asombro, preguntándose porque permanecía sentado en mi silla. Y es que no podía levantarme así de golpe, sin riesgo de desvelar un estado claramente injustificable y aún más muy comprometedor. Para ganar tiempo pretendí ordenar mis documentos, guardarlos en mi cartera, todo eso muy lentamente, esperando a que salieran los dos importunos. Y luego, me precipité hacia los baños.

Lo más sorprendente – ya que realmente me sorprendió, tuve la impresión de perder el control, pero fue una impresión muy, pero muy agradable – es que la imagen de Isabel Aristarain en su cama volvió a mi mente a la noche siguiente. Estaba solo en la casa, Lucrecia tenía una reunión afuera, y volvería bastante tarde. Rememoré los acontecimientos de la tarde, y la fantasía volvió a imponerse. A lo grande. Esta vez, me tomaba el tiempo de tocar a su puerta, ella de abrirla, nosotros de besarnos a fondo, de pie contra la puerta cerrada, yo de desvestirla sin prisa, ella de llevarme hasta su cuarto, nosotros de acostarnos, todavía medio vestidos, etc...

Me da vergüenza, pero sentí mucho gusto por lo que se volvió una sesión de auto-placer. Y me da aún más vergüenza admitir que a partir de este momento, se



volvió cada vez más frecuente. Agarraba a una mujer, encontrada en la calle, en el colectivo, en un bar, o sea en cualquier sitio – pero no una mujer cualquiera, y empecé a conocer mejor mis preferencias – y me acompañaba – sin saberlo, por supuesto – hasta la noche, cuando Lucrecia no estaba en casa, o sea muy a menudo.

Naturalmente, no lo conté a Lucrecia. Ya lo comenté: nunca hablamos de sexo entre nosotros. Un sicólogo diría que forma parte del problema, pero no consulto los sicólogos. De todos modos, tal conversación no podría tener lugar sino en nuestra cama, y no usamos nuestra cama sino para dormir. O casi. Casi ya no follamos. Mi esposa se volvió una mujer muy atareada, y en consecuencia muy cansada. Los raros momentos eróticos que me otorga son cada vez más distantes. Todavía me quiere. No es ese el problema, de eso estoy seguro, tanto más seguro que yo tampoco cese de quererla. Su aparente ausencia de deseo me sorprende, y me hiere, pero la respeto demasiado como para guardarle rencor. El amor muere cuando follar se vuelve un deber conyugal.

Compenso pues sin sentir demasiada culpa. Un poco, sin embargo, porque ella, por su lado, no... Por lo menos creo yo. Pero no pienso equivocarme, ni tampoco pecar de ingenuo. Lucrecia no tiene amante. Claro que no puedo estar seguro del todo. Sale muy a menudo por las noches, pasa muchos fines de semana fuera, por sus reuniones políticas. Otros sacarían otras conclusiones, menos tranquilas que las mías. Pero si tengo tanta confianza, es por una buena razón: me lo hubiera dicho. En doce años de matrimonio, nunca nos mentimos. Bueno, ya intuyo las sonrisas. Pero, no, señores. No le estoy mintiendo. Ni la estoy engañando. Que pudiera yo fantasear por otras mujeres, ella ya lo sabe perfectamente. Eso le importa nada. Ella también tiene sus propias fantasías. Cada uno tiene derecho a su jardín secreto. Es cuestión de sobrevivencia. Nunca Lucrecia me tendría rigor de instalarme un poco más, en su ausencia, en mi propio jardín secreto.

No culpabilizo. No molesto a nadie: ni esas mujeres saben el papel que desempeñan en mi vida secreta. Por suerte no lo saben, ya que ese papel se reduce, pobrecitas, al de sucedáneos involuntarios e inconscientes.

Sucedáneos. No voy a pretender que soy un hombre satisfecho, pero dentro de los límites que me impuse, soy feliz. No quiero menos a Lucrecia, aunque ya no es en ella a quien pienso cuando me masturbo. No puedo creer que me tuviera rencor.

Las mujeres que así nutren mi fantasía quedan perfectas desconocidas, con raras excepciones, como esa pobre Isabel. Pero por lo general procuró no elegir mujeres que ya conozco. Pese a que sería más fácil así recordarlas hasta la noche. Tampoco actrices o personas famosas. Demasiado fácil por una parte, demasiado

común por otra parte. Tendría la impresión de formar parte de un rebaño: el número de hombres masturbándose pensando en Érica Rivas o en Madonna, por ejemplo, no se puede contar. Yo elijo mujeres ordinarias, no muy guapas ni muy feas, y no me importa la edad. Sin embargo excluyo a las jóvenes, no tengo vocación de sátiro. Que vayan solas o acompañadas tampoco tiene importancia: a lo mejor sus maridos se sentirían bastante halagados sabiendo que su esposa despierta el imaginario de otros.

Es así que poco a poco, cesé de solicitar a Lucrecia. Lo que más me extraña es que a ella no la preocupa. Tampoco pareció sentirse herida. No me dijo nada. No me preguntó nada. Eso también me sorprendió, pero también, tengo que admitirlo, me ofendió un poco. Porque ese estado de cosas confirmaba lo que intuía de nuestra pareja. Hice de tripas corazón. Como un cobarde, pero nunca pretendí ser valiente. Me acomodaba del no expresado.

¿Cuánto tiempo? Tres meses, cuatro como mucho. Durante cuatro meses no follé ni una vez con una mujer de verdad. Ni sentí su piel contra la mía, sus manos en mi cuerpo. Mi sexo en el suyo. Cuatro meses sin correrme de verdad, mejor dicho, cuatro meses corriéndome como cerebralmente. Follando solo. Lucrecia, cada vez más atareada, entre clases y militancia, casi ya no me tocaba. Por cierto, dormía fuera cada vez más: muchas reuniones tenían lugar del otro lado de la ciudad y se acababan muy tarde, así que a menudo llamaba para decir que se quedaba en casa de una militante. No me preocupaba: sabía que Lucrecia no me engañaba, como yo no la engañaba. Formamos una pareja sólida, y muy enamorada. Sin embargo...

Sin embargo, un día cualquiera estaba desayunando en el Arenales, situado en la esquina de la misma calle Arenales y de Larrea, y, lo que no hago muy frecuentemente, leía el periódico. Digo que no lo hago frecuentemente, porque si el Arenales facilita un número consecutivo de periódicos a su clientela, hay que madrugar, o sea levantarse antes de los viejos jubilados de la zona, para tener la menor chance de poder hojear uno. Y digo hojear, pues en cuanto tiene uno en mano, puede estar seguro que la mitad del bar le va a vigilar de cerca hasta el momento en que, cansado de tanto espionaje, va por fin a dejar el dicho periódico de lado. Entonces, el buitre más rápido de la escuadrilla se abate sobre la presa y se pone a devorarla sin más rodeos, tomándose todo el tiempo: no olvidar que se trata de un (o una, que las hay y muchas también) jubilado. No sé cómo se las arreglan los demás clientes – hablo de los raros no jubilados que se arriesgan a desayunar en el Arenales antes de las nueve - pero eso a mí me quita la gana de leer de repente.

Y pasó igual ese día. Así que me satisfice dando un vistazo rápido de las páginas del diario, para al menos poder informarme de los principales títulos. Y es

así que descubrí, en la penúltima página, una rúbrica que nunca me había saltado a la vista hasta el momento. Tampoco se puede realmente llamar rúbrica. Es sólo una página – pero entera – de malas fotografías ilustrando un sinfín de números de teléfono y de nombres más o menos exóticos: June, Katy, Maeva, Jessica, etc... Todos femeninos, los nombres, y la mayoría de consonancia inglesa. El caso es que uno de esos anuncios me llamo la atención. La chica se llamaba Linda, y la foto era el retrato perfecto de mi colega Belinda. Cesé de respirar, y me quedé largo momento contemplando la página, sin poder pensar. Hasta el momento en que me percaté de que el tío sentado enfrente me miraba con ojos de franca hostilidad. Dejé el diario y corrí hasta el quiosco a comprarme un ejemplar nuevo. Linda. Belinda.

En el teléfono, la voz soñaba suave, destacando las palabras, hablando despacio. Lánguidamente. Todo un oficio. Es difícil evaluar una voz por el teléfono, y yo no estaba en un estado que se podría cualificar de normal. Pero juro que esta voz correspondía perfectamente a la foto del diario. Me preguntó por mi nombre, y tuve la inspiración de darle uno falso, Santos. ¡Sí! ¡Santos! No sé lo que me intuyó a elegir este nombre especialmente. ¡Un Santos llamando a una call-girl! ¿Se dio cuenta que era un “principiante”? El caso es que se ríó al oír el nombre, bueno, una risa muy furtiva, en seguida se volvió seria, como la gran profesional que seguramente era. Me preguntó por lo que me gustaba. ¿Pero yo qué sé de lo “que me gusta”? Si hubiera tenido el sentido de la formula que es el privilegio de los héroes de novelas policiacas, tipo Philipp Marlowe o Pepe Carvalho, hubiera podido contestar algo como que me gustaba que me sorprendieran, pero estaba demasiado paralizado como para contestar cualquier cosa lo mínimo espiritual. Me propuso un día, propuse otro y nos acordamos con bastante celeridad.

Brandsen, 532. La Boca está lejos de poder cualificarse de barrio selecto. Me había imaginado que este tipo de chica vivía más bien en zonas de mejor categoría, como Belgrano o Palermo. O incluso Recoleta, pero en tal caso hubiera constituido un imposible, ya que se trata de mi propio barrio. Pero me imagino que una Linda-Belinda tiene que preservar un cierto anonimato.

El colectivo 152 acaba de pasar frente al hospital Cosme Argerich. No me queda más de dos o tres paradas. Diez minutos como mucho. Voy a llegar demasiado temprano. Da igual. Iré de turista en la zona de la Bombonera<sup>5</sup>, siempre hay mucha gente y uno queda desapercibido. Sentada a mi lado, una joven está leyendo una novela. Se ve el título en cada página: *El viejo que leía novelas de amor*. Luis Sepúlveda. Me pongo a observarla, con discreción. ¿Estudiante? No tiene

---

<sup>5</sup> Cancha de fútbol del famoso club de Boca Junior.

mucho más de veinte años. Va vestida de manera bastante ordinaria, vaqueros, camisa celeste, bolso de tela marrón. No lleva ninguna joya, ni esmalte en las uñas. Anteojos con montura negra, sin marca. Sin embargo es guapa, morena, el pelo largo arreglado en coleta, manos largas y muy finas. La chica lee con mucha concentración y no notó mi presencia. Sin embargo, me gustaría que levantara la cabeza, sea sólo por un instante.

- *¿Luis Sepúlveda? Un excelente escritor, ¿Verdad?*

- *Sí. Me gusta mucho. ¿A usted también?*

- *Creo que leí todo lo que ha escrito. ¿Usted ha leído otros libros, quiero decir, de este autor?*

- *No, este es el primero. Pero voy a leer otros, seguro.*

- *Entonces, si me permite aconsejarla...*

Pero no, no levantó la cara, y no me atreví a molestarla.

El 152 pasa frente a la parada del Puente de Avellaneda, y me olvido bajar. La joven estudiante baja en la última parada, Avenida de Mendoza, y desde mi sitio en el colectivo, la veo girar a la derecha y luego desaparecer. El chofer se vuelve hacia mí para informarme que estamos en la última parada y que su colectivo no va más lejos. Le pregunto si vuelve en sentido contrario. Como me lo confirma le pregunto si en tal caso puedo quedarme a esperar a que marchara. Se encoje de hombros y sale a fumar. “Otro chiflado”, estará pensando. A menos que piense que solo se trata de un turista perdido quien decidió, qué raro, de no ir a visitar el Caminito<sup>6</sup>. En lo que se refiere al Caminito, sí que me siento solidario con ese turista muy sabio. Esta zona totalmente inventada adrede es una mera estafa para engañar a los aficionados al tango de cine y los asados adulterados. Es el último lugar donde llevaré mis amigos, por lo menos los que todavía no conocen a la ciudad. Y no es el Caminito que pensaba visitar viniendo hasta acá. Pero mi sueño es tan adulterado como la cocina y los tangueros del Caminito. Y mi propio camino no conduce sino a la nada, igual. Vine acá persiguiendo una quimera. Una ilusión. Un sucedáneo. En carne trémula sí, pero sucedáneo igual. Un amor de contrabando. La Belinda que deseo es inalcanzable. Es más: no sé si existe. Por lo menos, no existe para mí. Está claro que una Linda puede darme la ilusión, por un momento de placer. Pero a ver qué sabor se quedaría en mi boca... No. No quiero arriesgarme.

Unos pasajeros suben, y el chofer arranca. Ni pienso en mirar por la calle Brandsen cuando la cruzamos. La calle Brandsen ya no existe. Nadie viene a sentarse a mi lado, nadie sustituye a la joven estudiante. Pongo la cara contra el

---

<sup>6</sup> Única zona muy turística de la Boca. Tres o cuatro calles presuntamente típicas, antiguas casas de marineros, pintadas de todos los colores, tiendas de recuerdos baratos, tangueros folclóricos en las terrazas de los bares, restaurantes también “típicos”, el mismo tipo de barrio que el Montmartre de Paris, sin duda antiguo, pero que perdió toda autenticidad con el turismo de masa.

vidrio, y trato no pensar más en nada. Es entonces cuando recibo un formidable golpe en el estomago.

Al pasar frente a la Facultad de ingeniería, en la vereda del Paseo Colón, acabo de divisar a una pareja cogida de la mano. Una pareja que ya conozco requetebién. Tengo buena vista, incluso a esta distancia, y sé que no me engañan mis ojos: la persona a la izquierda es Lucrecia. Así que acabo de descubrir su propio jardín secreto. Y su jardinero. Convendría decir: su jardinera. Muchas veces la vi en nuestra casa, con motivo de las reuniones militantes. Se llama Ana. Qué sí. Ya llegó el momento en que tenemos que hablar de ciertas cosas, Lucrecia y yo.